

R. SÁNCHEZ MADRIGAL.

---

*Dos Joyas de Salzillo*

---

La Dolorosa.

El Ángel de la Oración.

---

1.000

---

Fotograbados de J. Furnells

---

MURCIA

---

*Imp. y Papelería de la Vda. de J. Perelló.*

1900

R. SÁNCHEZ MADRIGAL.

---

# *Dos Joyas de Salzillo*

---

*La Dolorosa.*

*El Ángel de la Oración.*

---

1.000

---

Fotograbados de J. Furnells

---

MURCIA

---

*Imp. y Papelería de la Vda. de J. Perelló.*

1900

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su  
permiso podrá reimprimirla en todo ó en parte.  
Queda hecho el depósito que marca la Ley.

2387983



# LA DOLOROSA DE SALZILLO

COMPOSICIÓN PREMIADA

CON LA FLOR NATURAL

(Primer premio)

*en los Juegos Florales de 1877*

EN MURCIA

# LA DOLOROSA DE SALZILLO.

TRADICIÓN.

Á MI MADRE.

¿No se podrá dejar alta memoria  
Sino con propias lágrimas regada?  
En el sagrado alcázar de la gloria,  
Sólo á la desventura dan entrada?

Lira que canta, corazón que gime.  
No hay pensamiento grande que no sea  
Hijo de un gran dolor. Dolor sublime  
A los Homeros y Cervantes crea.  
(Larmig.--Querellas del vate ciego)

I

## Introducción.

De España en la zona ardiente,  
Confín con Andalucía,  
Que acarician blandamente  
A la luz del Mediodia  
Las olas del mar de Oriente;

En la morisca ciudad  
Que entre bosques de verdura  
Mira á sus piés al Segura  
Resbalar con majestad  
Para copiar su hermosura;

Joven, rico en fantasía,  
Dando en sus creaciones brillo  
A un arte que decaía,  
Há más de un siglo vivía,  
Gloria de España, Salzillo.

Cuna del gran escultor,  
Dió Murcia á su altiva mente  
Toda la vida y calor  
Que de su sol esplendente  
Vibra el rayo abrasador.

Y él, que de tanta victoria  
Debió á sus dones la palma,  
Le consagró en su memoria  
Todos sus timbres de gloria,  
Todo el amor de su alma.

Jamás cruzó los confines  
De los murcianos vergeles,  
Ni aspiró á más altos fines  
Que á soñar con serafines  
A sombra de sus laureles.

Siempre á su pátria leal  
Que amó más que su renombre,  
No dejó el suelo natal  
Ni aun para esculpir su nombre  
En el alcázar real.

Sólo en su genio fiando,  
Camino abriéndose fué,  
Por instinto adivinando  
La luz del arte, y hallando  
La inspiración en la fé.

Prez del siglo en que nació,  
Cuando las artes se hundían  
Su prestigio levantó;  
Y audaz el vuelo llevó  
Donde otros vió que subían.

Si él, á su entusiasmo fiel,  
De Italia al suelo volara  
Para contemplar en él  
La magnificencia rara  
De tanto ilustre cincel;

Si de aquel cielo algun dia  
Viera los astros brillantes,  
Sol de aquel cielo sería;  
Que para empresas gigantes  
Gigante aliento tenía:

Así el águila caudal  
Que al éter se alza altanera  
Templa el ardor natural  
Si otra no mira rival  
Subir á más alta esfera.

Pero aún viven de su gloria  
A dar testimonio al mundo  
Sus obras mil, que en la historia  
Eterna harán la memoria  
De su estro grande y fecundo.

Y áun, á su nombre, se siente  
Ansia de cantar, inquieta,  
Su gloria á la edad presente,  
Y alta inspiración ardiente  
Busca en su vida el poeta.

## II.

### **Torturas del genio.**

En su taller apartado,  
De Mayo al mediar un día,  
Salzillo está retirado,  
Al parecer engolfado  
En obra de gran valía;

Pues grave, y fruncido el ceño,  
Todo su ser y atención  
Fija con tenaz empeño  
En bosquejar un diseño  
Que absorbe su inspiración.

Rápido el lápiz correr  
Se ve con seguro tino,  
Dejando en sus trazos ver  
El rostro puro y divino  
De una angelical mujer.

Profundas penas la oprimen;  
Y su beldad avaloran  
Con la espresion que le imprimen,  
Marchitos labios que gimen,  
Dolientes ojos que lloran.

Hay tal magia, tal encanto  
Hay en la dulce agonía  
De su tranquilo quebranto,  
Que por tierna simpatía  
Mueve los ojos al llanto.

Mas emoción diferente  
Su duelo causa al artista  
Que ocultos enojos siente;  
Pues ni serena la vista,  
Ni desarruga la frente.

Conforme el relieve aumenta  
De aquel semblante ideal,  
Y á cada instante presenta  
Un rasgo feliz que ostenta  
Gusto, y mano magistral,

Salzillo cede al tormento  
De incomprensibles pasiones;  
Modérase su ardimiento,  
Y se extiende el desaliento  
Por sus pálidas facciones.

Quiere en divinal figura  
Pintar el dolor prolijo  
De la Madre-Virgen pura,  
Al recorrer tras del Hijo  
La Calle de la Amargura.

Y en ímprobo anhelo tanto,  
Dar no puede en la espresión  
Que preste unción, fervor santo,  
A aquella explosión de llanto  
Del maternal corazón.

Tenaz su mente la esconde;  
Allí la siente y la crea;  
Mas vanamente desea  
Darle forma: no responde  
La ejecución á la idea.

Él, que escuchó de la Fama  
En los sublimes clamores  
Su nombre, en son de loores,  
Cuando su siglo lo aclama  
Por prez de los escultores;

Él, que en la efigie de un santo  
Y ferviente anacoreta  
Débil de ayuno y quebranto  
Apuró todo el encanto  
De su gubia y su paleta;

Él, que la Gloria sin velo  
Miró en éxtasis profundo,  
Y, joya del patrio suelo,  
Dejó una copia en el mundo  
De los ángeles del cielo;

Él, que la escena sombría  
Trazó del infame lazo  
Del Huerto, en la noche umbría;  
Y cuya alta fantasía,  
De Pedro en el fuerte brazo

Halló ocasión de renombre,  
Dando á su actitud sin nombre,  
Al ir del sicario en pos,  
Todo el vigor con que un hombre  
Puede volver por su Dios;

De repente en su camino  
Halla obstáculo fatal  
Con que le advierte el destino  
Que no le es dado al mortal  
Salvar el linde divino.

Y en vano lucha y se afana  
Con ruda y tenaz porfía  
En aquella empresa vana,  
Desde que abre la mañana  
Hasta que se extingue el día:

Ante el sublime dolor  
Con que sus virtudes sella  
La Madre del Redentor,  
Siempre impotente se estrella  
El genio del escultor.

Siempre su rebelde mano  
Subyuga adverso destino;  
Y ante su influjo tirano,  
Buscando un dolor divino  
Encuentra un dolor humano;

Que es la imagen seductora  
Que, de su ideal en pos,  
Traza su mente creadora,  
Siempre una mujer que llora,  
Nunca la Madre de Dios.

Salzillo lo ve, y con pena  
Al suelo inclina abatida  
Aquella frente atrevida  
De donde manó serena  
Tanta inspiración y vida.

Vencido al verse, suspira;  
Siente su derrota, y calla;  
Mas sordamente batalla  
En su corazón la ira,  
Hasta que, imponente, estalla.

Álzase torvo y sombrío;  
Y febril golpea su frente,  
Cual si arrancarle con brío  
Quisiera el arcano frío  
Que niega á su afán vehemente.

De odio y furor poseido  
Contempla su último ensayo  
Sobre el que Dios no ha querido  
Que baje el celeste rayo  
Que hay en su mente escondido;

Y trémulo, y con violencia  
Vuelve medroso el papel,  
Cual si, del mundo en presencia,  
Tuviera de su impotencia  
Que avergonzarse ante él.

¡Infeliz! Con vacilante  
Paso la estancia atraviesa;  
Y ora se para jadeante,  
Ora el cabello se mesa,  
Ora se cubre el semblante.

Piensa que en humo trocado  
Ya su renombre no existe,  
Que el mundo vive engañado,  
Y que le aplaude extasiado  
Porque á sus luchas no asiste;

Y escucha en su detrimento  
Zumbar ya con torpe saña  
La voz de pregón que al viento  
Da la envidia, á cuyo aliento  
Su fresco laurel se empaña.

Luz de siniestra expresión  
Brilla en su inquieta pupila;  
Y siente, en ruda emoción,  
Saltársele el corazón,  
Y que su mente vacila.

Y acaso en las esculturas  
Que por la estancia esparcidas  
Ve cual extrañas figuras  
Ante su paso surgidas  
De las penumbras obscuras,

Finge sombras animadas  
De adusto y torvo semblante,  
Que le acosan despiadadas  
Con burlonas carcajadas,  
Ó con desdén insultante;

Y hasta, irritadas, mandar  
Les oye, en su frenesí,  
Que salga de aquel lugar  
Que ha venido á profanar,  
Profano del arte allí.

¡Horrendas y amargas horas!  
¡Fiebre del genio violenta  
Que entre ansias devoradoras  
De glorias deslumbradoras  
Su fuego sacro alimenta!

¿Qué importa que el mundo luego  
Corone al genio de flores,  
Si el mundo, á sus luchas ciego,  
No ve que ese sacro fuego  
Le cuesta tantos dolores?

¿Qué vale su aplauso ardiente,  
Si condenado se siente  
A ver cómo le calcina  
Esa centella divina  
Que Dios ha puesto en su frente?

¡Pobre artista! Tu aflicción  
Devora, y tu amargo llanto,  
Solo, en tu triste mansión!  
Yo cantaré tu quebranto  
Al par de tu inspiración.

Y el mundo sabrá que, atleta,  
Con la adversidad luchando  
Que nunca al génio sujeta,  
Volviste á la lid inquieta  
Nuevos alientos cobrando;

Que del corazón del hombre,  
No existe, en el hondo abismo,  
Lucha tan fiera y que asombre  
Cual la que consigo mismo  
Empeña por gloria y nombre.

### III

#### **El modelo.**

Discreta, amante y hermosa,  
Brillando de juventud  
El sol en su faz dichosa,  
Tiene Salzillo en su esposa  
Amor, belleza y virtud.

Rendido ante su hermosura  
Él la ama con ciego ardor,  
Como á graciosa escultura,  
En cuerpo y en alma hechura  
De las manos del Criador.

Y ella, al ver cuánto enamora  
Al que admiración inspira,  
En él su ventura mira;  
Y, amante esposo, le adora;  
Insigne escultor, le admira.

Si él en su estudio se encierra  
Y lucha con fe notoria  
Por dejar de sí memoria  
Que pura brille en la tierra  
Con resplandores de gloria;

Ella, con tierno desvelo,  
Solícita por llenar  
Su alta misión en el suelo  
De paz y de amor, en cielo  
Convierte el modesto hogar.

A veces, salva el dintel  
Del retiro del artista,  
Y allí el golpe del cincel  
Sigue con curiosa vista,  
Y allí le acompaña fiel.

Alli, afable y cariñosa,  
Plática dulce le ofrece;  
Le anima, si desfallece;  
Ó al verle triunfar, gozosa  
Con su triunfo se envanece.

Él en su presencia siente  
Que numen mayor le inflama;  
Y anhelando, juntamente  
Con el laurel de su frente  
Eternizar á la que ama,

Galante el plan que medita  
Llevando á la realidad,  
Más de una imagen bendita  
Llevó en sus rasgos escrita  
La copia de su beldad.

Así los dos de la vida  
Cruzando van el sendero,  
Un alma de la otra asida,  
Gustando el más verdadero  
Placer que en la tierra anida.

Mas ¡ay! que á las veleidades  
Sujetos de la fortuna,  
Prueban—¡amargas verdades!—  
Que no hay sol sin mancha alguna  
Ni cielo sin tempestades.

Ha tiempo que ella en su esposo  
—Perdida la paz—observa  
Que algo oculta cuidadoso;  
Él, que jamás receloso,  
Nada á su afecto reserva.

Triste le ve y pensativo  
Tornarse, y que cada día  
Su buen natural se agría,  
Con ella haciéndole esquivo  
Su negra melancolía.

Si acaso con timidez,  
De su alma saber intenta  
Lo que le encubre un dobléz,  
Se excusa con sencillez;  
Si insiste más, se impacienta.

Retraído en su taller,  
Sufriendo á solas consigo,  
Gusta su pena esconder,  
Y ni aun del mejor amigo  
Consiente dejarse ver.

Ni ella, si á seguirle acierta,  
Encuentra fácil la entrada;  
Pues mirar la desconcierta  
Que cuando llega á su puerta  
La tiene siempre cerrada.

Y escucha uno y otro día  
Por si razón puede hallar  
A tan extraña manía;  
Y no le oye trabajar  
En todo el tiempo que espía.

Sólo en alguna ocasión  
Escuchó con emoción  
Sus pasos desconcertados,  
Ó entre suspiros ahogados  
Una sorda imprecación.

Y una y otra conjetura  
Hace y desecha enseguida,  
Sin que halle en su desventura  
Luz en la tiniebla obscura  
Do va su razón perdida.

Y aunque con santa prudencia  
Jamás deja traslucir  
De su dolor la violencia,  
Y de su esposo en presencia  
Se esfuerza por sonreír,

Bien se ve que marchitada  
Su faz perdió el arrebol,  
Como una flor delicada  
Que se mantiene apartada  
De las caricias del sol.

Por eso cuando al mediar  
De Mayo el tranquilo día  
En que Salzillo porfía  
Locamente por hallar  
El triunfo que tanto ansía,

Viendo que en salir se tarda  
Donde preparada está  
La mesa que ya le aguarda,  
Y aunque el temor la acobarda  
Por fin á avisarle vá,

Detiene medrosa el paso,  
Y un punto vacila incierta  
Junto á la entornada puerta  
Que aquella vez por acaso  
Dejó el escultor abierta.

Y serena, y sonriente,  
Venciendo su turbación,  
Se aparece de repente  
Y le invita dulcemente  
A dejar su ocupación.

Alzó Salzillo los ojos  
En faz de sorpresa y susto;  
Y ya con hondo disgusto  
Iba á expresar los enojos  
De su corazón, injusto,

Cuando por su pensamiento  
Cruzó candente una idea  
Que endulzó por un momento  
Aquel cáliz de tormento  
Que pronto apurar desea.

Vacila... Es un acto aleve.  
Temblando sus fuerzas mide;  
Mas la gloria es quien le mueve,  
Su orgullo quien se lo pide,  
Y á cometerlo se atreve.

Y en entrecortado acento  
Que bien su ficción esconde,  
Como el que expresa el tormento  
De un amargo sufrimiento,  
Así á su esposa responde:—

» Bien es que afecte, señora,  
» Paz y amor en el semblante,  
» La que se tornó, en mal hora,  
» De cándida esposa amante  
» En torpe mujer traidora;

» La que faltando á la fe  
» Jurada al pié del altar,  
» Tan pronto olvidó que fué  
» La inspiración que adoré  
» Con santo culto en mi hogar.

» No os defendais, es en vano..  
» Tras ese ademán altivo  
» Y ese desdén soberano,  
» Más claramente percibo  
» Vuestro proceder liviano.

» Ha tiempo que sé mi afrenta,  
» Há tiempo que en la agonía  
» Que el corazón atormenta,  
» Por siglos mi dolor cuenta  
» Las horas que tiene el día.

» Dudé.... esperé.... —¡pena ruda!—  
» ¡Necesitaba dudar!  
» Mas con misteriosa ayuda  
» Las pruebas vine á encontrar,  
» Y ya no existe la duda.

» ¿Me ultrajais! ¡Bien! No me quejo.  
» ¿Para qué este oprobio más?  
» Al contrario, libre os dejo;  
» Porque de Murcia me alejo  
» Para no volver jamás.

» Iré... ¿quien sabe?... á otra parte  
» Do ignoren mi deshonor.  
» Allí ahogaré sin dolor  
» Vuestro recuerdo, y el arte  
» Será ya mi único amor.

Mortal, sin voz, sin aliento,  
Como aquel que de repente  
Viera en raudo movimiento  
Desplomarse el firmamento  
Sobre su espantada frente;

Dudando si lo que ha oído  
Y tanto su honor mancilla,  
Triste realidad ha sido  
Ó puro engaño fingido  
En horrible pesadilla;

Quedó la infeliz esposa  
Que, en su turbación, no alcanza  
Cómo volver presurosa  
Contra la calumnia odiosa  
Que sobre su honor se lanza.

Mas, repuesta, y cuando siente  
Ascender la llama viva  
De tal ultraje á su frente,  
Se irguió indignada y valiente;  
Que era noble y era altiva.

Probó en su defensa á hablar;  
Mas conoció ser tan vano  
Como querer contrastar  
Con solo el esfuerzo humano  
Las iras del hondo mar;

Que hay en el semblante airado  
De aquel esposo que acusa,  
El designio concentrado  
Del que, en su razón fiado,  
Toda explicación rehusa.

Recela una infcua trama;  
Y al fin se rinde llorosa,  
Venciendo en su alma angustiosa  
Del pundonor de la dama  
El corazón de la esposa.

Y con expirante anhelo,  
Absuelta ya en su conciencia,  
Alzó los ojos al cielo,  
En busca del que es consuelo  
Y amparo de la inocencia.

¿Qué podrá, débil mujer,  
Sola, en la aflicción presente,  
Si su honor al defender  
Protesta que es inocente  
Y no la quieren creer?

Callar, volver al Señor  
Su rostro en llanto bañado  
Y en religioso fervor,  
Triste, sin color, ajado,  
Más hermoso en su dolor.

Dolor que éxtasis parece;  
Que á Dios hace sonreír;  
Porque en sus arás lo ofrece  
El que inocente padece  
Y se resigna á sufrir.

Así, en mística apostura,  
Cual modelada escultura,  
Halló alívio en la plegaria  
Que de su alma solitaria  
Voló del cielo á la altura.

Y cuando el rezo acababa  
Y al suelo bajó los ojos  
Que un mar de llanto inundaba,  
Absorta vió que de hinojos  
Salzillo á sus piés lloraba.—

» ¡Perdón!—la dijo— ¡Perdón,  
» Mi bien, sí, traidor y osado,  
» Con funesta obcecación,  
» La dulce paz he turbado  
» De tu hermoso corazón!

» Yo anhelaba noche y día  
» Mirar un dolor presente  
» Para el dolor de María,  
» Que fijo y claro en mi mente,  
» Siempre ante mi mano huía.

» ¡Qué amargas horas pasé!  
» Confuso y avergonzado,  
» Ni aún á tí te confié  
» Cómo mi orgullo humillado  
» Hizo vacilar mi fé.

» Tú el suspirado modelo  
» Brindaste á mi inspiración;  
» Y, á ver cumplido mi anhelo,  
» Pude remontarme al cielo  
» En alas de mi ambición.

» ¡Ven! ¡Contempla ese portento!  
» —No me ciega el frenesí  
» Que ante su belleza siento:  
» La virgen en su tormento  
» Debió de llorar así.

Y el diseño le mostraba  
Donde con febril ardor,  
Y ante el dolor que buscaba,  
Trazó mientras ella oraba  
Los rasgos de aquel dolor.

» ¡Cálmate pues! ¡Más no llores!  
» Tu llanto mi gloria abona;  
» Porque á premiar tus dolores,  
» Será, cayendo en sus flores,  
» Las perlas de mi corona.

» Mas ¿qué fatal extravío  
» Así mi razón domina,  
» Que aplaudo mi ardid impío  
» Porque el pensamiento mío  
» Humo de gloria fascina?

» ¡Desprecia al hombre cruel  
» Que con meditada calma  
» Y sólo á su orgullo fiel,  
» Ganó, torturando un alma,  
» A su corona un laurel!

» ¡Vana corona ilusoria!  
» ¡Red de esperanzas divinas  
» Que, en prenda de alta memoria,  
» Entre laureles de gloria  
» Ciñes punzantes espinas!

» No iré más con ansia loca  
» Tras sus laureles de hinojos,  
» Si han de arrancar sus abrojos  
» Un suspiro de tu boca  
» Ó una lágrima á tus ojos;

» Que de laurel más fecundo  
» Otra corona no ansío  
» Para mi gloria en el mundo  
» Que la del amor profundo  
» Que unió tu ser con el mio,

Y á su rigor inhumano  
Pidiendo olvido clemente,  
La atrajo á sí dulcemente,  
Y un beso estampó en su mano,  
Otro en su pálida frente.

Y ella, trocando en gozoso  
El llanto de su tristeza,  
Y ansiando dicha y reposo,  
Sobre el hombro de su esposo  
Dobló la gentil cabeza.

#### IV

### Conclusión

Un mes aún no se cumplía,  
Y Murcia entera admiraba  
En la imágen de María,  
Del cincel que la creaba  
La brillante fantasía.

Y pasa una y otra edad;  
Y al contemplar los primores  
De esa doliente beldad,  
Lauros al artista y flores  
Rinde la posteridad.

Y cuando apenas al mundo  
Que loco y febril se ajita,  
Las horas en que medita  
Con el misterio profundo  
De su redención bendita;

Y en tanta ilustre creación  
Que en pasmosa profusión  
La prez de Salzillo ostenta,  
Ante el pueblo se presenta  
El drama de la Pasión;

Cuando á esa madre se ve  
A quien la pena sofoca  
Llegar del calvario al pié,  
Y la memoria se evoca  
De cómo inspirada fué;

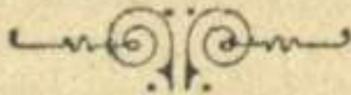
A la fúnebre armonía  
Que acompaña su dolor,  
Llora allí toda alma pía  
Con el dolor de María  
Y el del insigne escultor.

---

NOTA. La tradición de la Dolorosa de Salzillo refiérese en Murcia con extremada variedad. Quién supone que Salzillo, para inspirarse en su obra, amenazó la muerte á una de sus hijas; quién que la hizo creer que un entierro que pasaba por su casa era el

de su prometido; quién, por último, que la acusó de haber manchado su pureza.

El autor del presente trabajo literario ha respetado en él el fondo de la tradición, adoptando la última de las versiones antes citadas, que es la que corre más válida entre el pueblo; si bien sustituyendo á la hija la esposa de Salzillo, por creer que de este modo resultaría la acción más verosímil y dramática.





# EL ÁNGEL DE LA ORACIÓN

Poesía leída por su autor en la solemne Velada Artístico-Literaria celebrada en el Casino de Murcia en la noche del día 3 de Marzo de 1883, con motivo de las fiestas del

*Centenario de Salzillo.*



# EL ÁNGEL DE LA ORACIÓN DEL HUERTO

---

---

*A mi querido amigo*

DON JOSÉ ELGUETA

---

En la falda del Gólgota eminente,  
y en la nocturna obscuridad sumida,  
con la fiebre del crimen que presente,  
inquieta duerme la ciudad deicida.

Toca á su fin el sacrosanto drama  
en que el amor divino nos redime,  
y ya Jesús en su ferviente llama  
se abrasa el pecho, y, abrasado, gime.

Gethsemaní de la sublime escena  
es silencioso y único testigo.  
¡Noche de amor y de misterios llena:  
hijo fiel de la Cruz, yo te bendigo!

No bastó de mis ojos á borrarle  
de veinte siglos la espesada sombra;  
al fondo de esos siglos bajó el Arte,  
y en él revives con verdad que asombra.

¡Gloria al artista! Ved. Bajo un olivo  
que seco y duro pedregal sombrea,  
el cuadro surge palpitante y vivo  
que en tristes horas afrentó á Judea.

Duerme Pedro con sueño receloso,  
grave la faz y contraído el ceño;  
duermé Santiago con total reposo,  
y es de dulce candor de Juan el sueño.

Sólo vela el Señor. Suspensa y muda  
póstrase y calla la Creación entera;  
que habla así de Jesús la pena ruda,  
y le oye el Padre desde la alta esfera:—

«Pase de mí este cáliz, Padre mío,  
»cuyo ingrato sabor no tiene nombre;  
»pues lo ha colmado en su delirio impío  
»de amarga hiel la ingratitud del hombre.

«Pero si es mi martirio necesario,  
»si el temor de morir mi labio mueve,  
»yo resignado subiré al Calvario  
»mañana entre los gritos de la plebe.»—

Y en su flaqueza corporal le aterra  
su fin cercano y la maldad humana;  
los ve, los pesa; y desplomado en tierra,  
!sudor de sangre de su cuerpo mana!

¿Y solo se ha de hallar en duelo tanto?  
¿No habrá algún lenitivo á su amargura?  
¿Es que á tanto clamor de tal quebranto  
tenaz silencio guardará la altura?

No; que rasgando de la azul cortina,  
que oculta á Dios, el pabellón inmenso,  
desciende un Ángel de beldad divina,  
huella dejando de fragante incienso.

¡Con qué noble ademán del bello brazo  
muestra el cáliz que cerca se aparece!  
¡Con qué solicitud en su regazo  
sostiene al Redentor que desfallece!

¡Ah! mirad cuán airoso se presenta,  
desceñido el cendal; la gallardía  
con que en su bella desnudez ostenta  
de eterna juventud la lozanía.

Sus formas de suavísima elegancia  
tan indecisas son, tan ideales,  
que tienen del mancebo la arrogancia  
y las castas turgencias virginales.

No con las rosas místicas del cielo  
su cuerpo alabastrino se colora:  
sobre él tendió el dolor pálido velo;  
pero es su palidez... ¡la de la aurora!

Rubia guedeja coronar se mira  
la serena extensión de su ancha frente,  
y su pecho parece que aún aspira  
de la etérea región el libre ambiente.

Sus ojos.. ¡Ah! ¿Quién sonda su mirada  
que allá en la azul inmensidad se anega?  
En ella la tristeza reflejada  
se 'pinta con que Dios su amparo niega.

Y con las alas recamadas de oro  
cubre á Jesús como al hijuelo el ave,  
en las que de color dejó un tesoro  
el Iris preso en su plumón süave.

¡Celeste aparición encantadora!  
¿Quién en tu vaguedad no se extasía  
admirando la fuerza creadora  
de la más exaltada fantasía!

Puede el hombre en los senos de su mente  
imaginar al macerado asceta,  
al apóstol, al mártir sonriente;  
porque el humano ser los interpreta.

¡Hasta á María, cuyos ojos hieren  
los tormentos del Hijo en quien adoran:  
hay tantos hijos que inocentes mueren  
y tantas madres que á sus hijos lloran!

Más tener tal visión, acariciarla  
dentro del alma con ardor fecundo,  
darle forma y color, y al fin mostrarla  
llena de vida al asombrado mundo,

Es la linde salvar del pensamiento,  
ver del Empíreo el refulgente brillo,  
llamarse entre los hombres un portento,  
es sentirse escultor, y ser Salzillo.

---

Y no tan sólo la atacción del Arte  
de que eres á la par modelo y palma:  
impúlsanme también, para cantarte,  
recónditos misterios de mi alma.

No lo son para tí. Desde que niño  
te presté adoración en mi memoria,  
que perfumada está con tu cariño  
del corazón la accidentada historia.

¡Cuántas noches, sufriendo los terrores  
con que el miedo infantil nos acobarda,  
junto á mí te miraba entre esplendores  
si al Ángel invocaba de mi Guarda!

Lejos, luego, del valle delicioso  
que hoy te cubre de flores y laureles,  
alentaste mi paso tembloroso  
al trasponer del mundo los dinteles.

Presintiendo el amor, sus bellas flores  
quise brotasen á tu influjo amigo,  
dando al ángel ideal de mis amores  
bajo tus alas protector abrigo.

Creí, sufrí, lloré; y en esas horas  
en que, por negras dudas combatida,  
mira el alma doquier sombras traidoras  
y amaga acaso maldecir la vida;

En medio de mi loco desconcierto,  
cariñoso á mi lado te he sentido,  
he recordado la Oración del Huerto,  
y, como allí á Jesús, me has sostenido;

Que el ángel eres tú que al alma esclava  
el límite señala con fijeza  
donde la muerte del vivir acaba,  
donde la vida del morir empieza.

Emanación del cielo peregrina,  
cuanto emana de tí nos fortalece;  
abismo á que te asomas, se ilumina;  
conciencia en que penetras, se engrandece.

Tú inspiraste á Salzillo, tú le diste  
valor y fuerzas en el trance duro  
do abandonar nuestra morada triste  
para volar al inmortal seguro.

Tú, con rápido vuelo, á las alturas  
elevaste su espíritu cristiano,  
d animadas verá las esculturas  
que aqui labrara su fecunda mano.

Y tú inspiras á Murcia este homenaje  
á que entusiasta y sin valer acudo;  
pues en mi pequeñez tan sólo traje  
la humilde ofrenda de mi canto rudo.

¡Salzillo: duerme en paz! Pronto tu nombre,  
por la ancha redondez que el sol alumbra  
tan alto sonará, que al mundo asombre  
dónde el aplauso universal lo encumbra.

Y siempre fresco tu laurel, sus galas  
guardará enalteciendo tu memoria,  
mientras con tanto honor bajo sus alas  
cobije *!El Ángel!* tu blasón de gloria.



UNA PESETA